

Aníbal Quijano

La lucha de clases en el Perú actual

LA COYUNTURA INMEDIATA

Dos rasgos sobresalen, en lo inmediato, en la escena peruana de la lucha de clases. Por un lado, la profundización de la ofensiva económica y política de la burguesía, y de su gobierno militar, contra el movimiento obrero y popular. Por el otro, el repliegue de este último y la desarticulación parcial de algunas de sus más importantes expresiones organizadas, sindicales y políticas.

Lograda la contención y desarticulación parcial del movimiento obrero y popular tras la derrota, bajo la represión, de sus principales movilizaciones, el régimen militar avanza hacia un nuevo objetivo: anuncia la preparación de las bases de un nuevo orden político, cuyo gobierno sería transferido a la "civilidad" al final de esta década o comienzos de la siguiente. Para que los principales componentes del frente burgués puedan discutir las condiciones de este nuevo orden y organizar sus formas de participación en él, se autoriza la reaparición de sus publicaciones y se estimula la reactivación de sus organizaciones políticas y gremiales. Pero, al mismo tiempo, se mantiene el cerco represivo sobre las masas trabajadoras, en el marco del Estado de Emergencia Nacional y la suspensión de las garantías constitucionales, recortándose así las libertades democráticas y sindicales básicas.

Este nuevo paso del gobierno militar prosigue y profundiza una etapa de ofensiva general contra el movimiento obrero y popular, que ha recorrido dos fases desde el cambio de mando del régimen. En la primera, que se extiende de agosto de 1975 a junio de 1976, el gobierno puede cumplir exitosamente tres tareas: la recomposición del frente político de la burguesía; la iniciación de la depuración del gobierno, y de las Fuerzas Armadas, de los vacilantes restos del "velasquismo" en descomposición; y la puesta en marcha de las primeras medidas atentatorias a los derechos democráticos y sindicales de los trabajadores. "

En el segundo momento, desde fines de junio de 1976, frente a la extensión de las movilizaciones de los trabajadores, a partir de diciembre de 1975 sobre todo, el gobierno militar asume, ahora con el pleno y homogéneo respaldo de todo el frente burgués, su actual

carácter frente a las masas obreras y populares. Logra así la derrota de las principales luchas de los trabajadores a través de la represión y contiene al conjunto del movimiento obrero y popular.

Al mismo tiempo, se concluye la depuración del gobierno y de las Fuerzas Armadas de los ya aislados y reducidos remanentes de la descomposición del velasquismo, fortaleciéndose la incorporación de la representación tecnocrática y directa de la burguesía en el manejo del Estado.

Esta es la base que permite ahora a la burguesía y a su gobierno, disponerse a discutir los fundamentos de un nuevo orden político, las instituciones correspondientes, las cuotas y formas de participación civil y militar burguesa en el poder. Y es en este preciso sentido, que es correcto sostener que todo eso implica una profundización de la ofensiva contra el movimiento obrero y popular.

Por su lado, el repliegue y desarticulación parcial del movimiento obrero y popular, que constituye el segundo rasgo de la coyuntura inmediata, es el resultado, principalmente, de la debilidad del proceso de organización y centralización sindical y política del movimiento obrero, tanto como del oportunismo y la confusión de sus principales direcciones, expresión y factor a la vez, de la inmadurez del proceso real de emancipación de la conciencia de la clase frente a su previa subordinación a las ideologías reformistas.

Durante la primera fase de la ofensiva lo que caracteriza al movimiento obrero y popular es su situación contradictoria. Se produce una radicalización ideológica y política de capas crecientes de trabajadores, con la consiguiente acentuación de la diferenciación política en el seno del movimiento; se extienden las movilizaciones reivindicativas y políticas de las bases de todas las centrales sindicales, incluidas las oficialistas. Pero también se genera un mayor distanciamiento entre las bases y la dirección central de la principal organización sindical, la CGTP (Central General de Trabajadores del Perú), dado que la política conciliadora que el PCP (Partido Comunista Peruano) le impone pierde todas sus apariencias de justificación. La extensión y radicalización de las presiones de las bases fuerza a fines de diciembre de 1975 que la CGTP decreta un paro en Lima metropolitana, pero no la acción de fuerza a nivel nacional que los trabajadores ya reclaman en ese momento.

Ese paro produce en el seno de la dirección del PCP y de la CGTP diferenciaciones y conflictos que derivan en el cambio de la dirección de esta central a comienzos de 1976,

recayendo la influencia preponderante en manos de las corrientes más conciliadoras del PCP. A partir de ese momento, esta nueva dirección literalmente paraliza la vida de la CGTP, en el preciso instante en que se agudizan los conflictos sindicales y arrecia la ofensiva patronal y gubernamental. En esas condiciones las luchas de las bases se extienden y agudizan, pero ya de manera completamente dispersa y aislada. El PCP proclama públicamente su respaldo al régimen militar y llama a las masas a sostenerlo contra "la oligarquía, el imperialismo y el fascismo", acentuando la confusión entre los sectores de trabajadores bajo su influencia política y sindical.

La etapa se cierra con el violento enfrentamiento de los trabajadores y pobladores de toda la zona de la carretera Central-Vitarte con los resultados conocidos.¹

Al imponerse, a fines de junio de 1976, el cerco represivo y ante la total parálisis de la CGTP y la debilidad de los intentos de coordinación de las corrientes clasistas, las masas entran en un repliegue temporal durante los meses siguientes.

A fines de agosto y comienzos de septiembre, surgen y se frustran diversos intentos de coordinación entre las bases sindicales, por la confusión, el sectarismo y la pretensión hegemónica y manipuladora de las direcciones políticas de izquierda con presencia en algunos sectores importantes; se agudiza así la crisis interna de las organizaciones políticas más influyentes.. Este hecho se refleja en la evolución del CCUSC (Comité de Coordinación y Unificación Sindical Clasista),² cuyas posibilidades de revitalización se habían frustrado en abril debido a las prácticas manipuladoras, que terminaron dividiendo a las bases obreras de los sindicatos magisteriales y grupos estudiantiles. El CCUSC queda así aislado y sus decretos de huelga general entre julio y octubre no despiertan reacción alguna.

En octubre se inicia y es derrotada la huelga de los trabajadores municipales. Inmediatamente después la Federación de Pescadores presenta combate en protesta por la privatización de la industria y por la despedida de miles de trabajadores. Esa huelga, que se extiende por todo el litoral del país, remueve las bases sindicales de todos los otros sectores; una extensa agitación recorre el Perú, presionando sobre la dirección de la CGTP para realizar un paro nacional. Sin embargo, esta dirección se encuentra paralizada, desatándose

¹ Motines de trabajadores y pobladores en la citada zona industrial, distante 5 km del centro de la capital, en junio de 1976, y que fueron reprimidos violentamente por la fuerza pública.

² Creado como una alternativa organizativa por bases de la propia CGTP e independientes en 1975; actualmente en franca decadencia.

diferenciaciones y conflictos en el seno del PCP. A comienzos de diciembre los pescadores son derrotados en toda la línea.

Durante los meses de la huelga pesquera las organizaciones de izquierda con alguna influencia en el movimiento sindical procuran agitar a los trabajadores y ampliar los paros y movilizaciones. Algunas se producen, pero de poco aliento y son rápidamente reprimidas. Como consecuencia, los grupos políticos más influyentes se empantan en querellas internas, agudizando la confusión en las bases y dificultando la resistencia frente a la ofensiva. A fines de diciembre, las luchas cesan y el movimiento entero se encuentra empantanado.

De ese modo, mientras que de un lado el oportunismo conciliador del PCP paraliza la CGTP y frustra las presiones de las bases, del otro, el aventurerismo de las principales corrientes de izquierda hace igualmente patente su confusión y su desbandada. Ni centralización, ni dirección adecuada de las luchas de las bases han sido posibles en el momento del más agudo enfrentamiento al régimen militar. De ahí que, como coyuntura inmediata, se configure una correlación de fuerzas abiertamente desfavorable al proletariado y al conjunto del movimiento popular. Mientras que por una parte emerge un frente burgués que orienta la política del gobierno y se apoya en ella bajo el comando de las fracciones burguesas más avanzadas (grupos monopólicos internacionales e internos), por el otro se acentúa la crisis de dirección y de centralización del movimiento obrero y popular, en medio de una peligrosa situación de repliegue y desarticulación parcial de los sectores más combativos.

Todo esto, con el telón de fondo de una crisis económica aún en curso de profundización, con una inflación del 100% en el total de los últimos tres años y una abultada deuda externa, que se descargan sobre los sectores populares.

ESTA COYUNTURA, FASE INICIAL DE UN NUEVO PERIODO HISTÓRICO DE LAS LUCHAS DE CLASES EN EL PERÚ

No habría modo de captar el significado de esta situación para el destino futuro de las luchas de clases en el Perú, en particular para las alternativas del desarrollo político del proletariado, sin tratar de descubrir en el seno de las propias características de la coyuntura, cómo se expresan en la conducta de las clases y de sus fracciones significativas, las

determinaciones de la estructura básica de sus relaciones, en sus varios niveles, y, en consecuencia, de las tendencias virtuales y activas de su desenvolvimiento.

Por eso es necesario reiterar aquí, lo que hemos señalado ya en otros textos previos: la actual coyuntura, incluida la correlación de fuerzas que configura, da cuenta de que se ha iniciado en el Perú un periodo histórico nuevo para las luchas de clases.

El sello fundamental de este nuevo periodo, es la tendencia ya iniciada hacia una creciente diferenciación política entre las clases básicas, la burguesía y el proletariado, y a la constitución de sus respectivos frentes políticos, a lo largo de una creciente profundización de sus enfrentamientos. Es decir, a la reaglutinación política de las otras clases fundamentales.

Se trata, así, de la progresiva constitución del proletariado como clase políticamente revolucionaria de modo efectivo y no sólo virtual, y de su emergencia como potencial dirigente de un frente político de otras capas sociales dominadas y de una parte de las capas medias de nuestra sociedad. Este proceso obedece al curso de depuración del carácter capitalista de la formación social y de las relaciones de clase que ello implica, agotando un prolongado periodo de la condición transicional de esta formación social. Esta nueva condición del proletariado ha venido manifestándose en una conciencia de clase que, aunque desigualmente, va abarcando a los más importantes sectores del proletariado; en una experiencia organizativa que, aunque todavía dispersa, es ya muy extendida en la clase, y ha producido núcleos y cuadros revolucionarios que disputan la dirección de importantes fracciones proletarias. Y asimismo, por la creciente gravitación de otras capas sociales dominadas y medias, en torno de esta nueva presencia del proletariado.

En esta dirección se establece una radical diferencia con periodos anteriores de las luchas político-sociales del país. En ellas, los trabajadores y sobre todo el proletariado organizado, tomaron parte subordinados a direcciones de origen burgués y pequeñoburgués, y en dependencia de los conflictos políticos entre los componentes de la coalición dominante, y en especial de sus fracciones burguesas. Ahora, en cambio, asistimos a un proceso de emancipación del proletariado de esa dependencia de clase para la definición del carácter de sus movilizaciones, y de la subordinación directa respecto de las organizaciones políticas de defensa del orden capitalista. El movimiento obrero se desarrolla como movimiento proletario, en el sentido político del término, y las luchas de clases van adquiriendo una

profundidad correspondiente, incluso si sus niveles de violencia o de agudez son eventualmente menores que en otros periodos previos.

Y es precisamente ésta la base real de cómo se ha ido configurando la conducta de la burguesía en esta etapa. Si ha debido recurrir a una ofensiva general, y para su fortuna en una etapa en la cual el proletariado no ha conquistado aún madurez organizativa, centralizadora y directora de sus luchas, eso no se explica solamente por las necesidades de la crisis, sino porque éstas se establecen sobre un terreno político marcado por la profundización de las luchas de clases. Esto es, porque el problema del poder está ingresando virtualmente al escenario.

No es, por lo tanto, solamente en la coyuntural correlación de fuerzas que resulta de esta primera fase de enfrentamiento, sino en el modo como éste ha sido desarrollado por la burguesía y su gobierno militar y en la manera en que se buscan reordenar las bases y la estructura institucional de su Estado, donde se ponen de manifiesto las nuevas condiciones de las luchas de clases y el carácter distinto que asume, respecto del pasado, el actual periodo en el Perú. Y de ello es, por eso mismo, que hay que partir para tratar de descubrir las alternativas mejores para el desarrollo de estas luchas y el de su carácter revolucionario.

AUGE y BANCARROTA DEL REFORMISMO EN EL PERÚ

A. Las corrientes democrático-nacionalistas

La iniciación de este nuevo periodo histórico de las luchas de clases en el Perú, implica la cancelación de un prolongado periodo de desarrollo de las tendencias ideológicas democrático-nacionalistas, que desde los años treinta ganaron predominio entre la gran mayoría de las capas medias y explotadas del país. Dichas tendencias ideológicas han presidido la orientación de las luchas populares en el marco de una crisis cada vez más abierta del Estado oligárquico y semicolonial, y encontraron su momento de cristalización y de agotamiento en el régimen militar dirigido por Velasco, en contra de las tendencias "neoliberales" que la burguesía, y en especial sus sectores más modernos, agitaban como alternativa a la descomposición del Estado oligárquico.

En otros textos hemos establecido las determinaciones históricas de ese proceso; así como el contexto específico en el cual cristaliza en el régimen militar velasquista y las condiciones de su agotamiento. Eso nos evita, por el momento, insistir más a fondo en estas cuestiones.

Sin embargo, es necesario aquí reiterar sumaria mente algunos de los hechos más directa y profundamente vinculados a las características de la situación actual y a sus tendencias de desenvolvimiento.

1. Las tendencias democrático-nacionalistas cristalizaron, durante las primeras etapas del régimen velasquista, a través de una contradictoria coalición de dos corrientes que, en las capas medias, representaban diversamente al capital. De una parte, una corriente que amalgamaba a grupos de intelectuales y burócratas, portadores de ideologías de reforma democrático-nacionalista, en grados variables de radicalismo. De otra parte, a grupos portadores de ideologías estrictamente tecnocráticas sobre el manejo del capital, pero también interesados en la realización de reformas modernizadoras y "desarrollistas" en la sociedad y en el Estado peruano.

Por el contexto inmediato en que se constituye el régimen militar —crisis política abierta de la burguesía y de sus representaciones políticas, en una etapa de ascenso de las luchas populares, no obstante sus importantes derrotas— y por su lugar en los altos mandos del ejército, los representantes del primer sector pudieron alcanzar una posición dominante, aunque negociada, en esta coalición política y orientar, en sus términos, las grandes líneas del proceso de reformas, sobre todo durante la primera etapa del régimen militar.

2. De ese modo y por esos factores, esa coalición de gobierno estableció un terreno común de encuentro muy amplio con las direcciones burocráticas del movimiento obrero y popular, que en ese momento estaba conquistando su independencia respecto de la dirección inmediata, orgánica, de las organizaciones políticas que manteniendo rasgos ideológicos de origen democrático-nacionalista como el APRA, venían reorientándose políticamente en alianza con las corrientes "neo-liberales" y "desarrollistas" de la burguesía, o como Acción Popular, más débil en su influencia sobre las masas, que era el producto típico del "desarrollismo" de la burguesía moderna y de sus capas medias tecnocráticas, con verbales incrustaciones nacionalistas en sus comienzos.

Esa situación permitió a la dirección del reformismo obrero-burocrático, encarnada en el PCP, afirmar su hegemonía sobre el movimiento obrero organizado que se centralizaba en la

CGTP. Pero ese hecho daba cuenta, también que no obstante la conquista de su independencia sindical frente al APRA, el grueso de las masas trabajadoras no se había aún sacudido de la hegemonía ideológica democrático-nacionalista, aunque la radicalizaba, comenzando a traducirla en lenguaje socialista, tal como era la opción ideológica básica del PCP y otras corrientes menores afines.

3. Esas tendencias pudieron, inclusive, alcanzar una relativa consolidación, a partir del hecho de que las primeras y realmente importantes reformas emprendidas por el régimen militar, bajo dirección velasquista, enfrentaron la cerrada oposición de las fracciones oligárquicas de la burguesía y la aún más enconada, poco después, de la mediana burguesía, así como la reacción ambigua —entre la oposición y la negociación— de la burguesía monopólica internacional e interna y del principal Estado imperialista, Estados Unidos.

Estos hechos fueron traducidos en muchos sectores de trabajadores, a través de su versión radical de la predominante ideología democrático-nacionalista, como un enfrentamiento radicalmente "antimperialista" y hasta "anticapitalista" conducido por el régimen militar. Esa imagen fue reforzada por la prédica del PCP, con el respaldo internacional correspondiente, que presentaba el conjunto de la situación como una virtual alianza de clases populares "antimperialistas", bajo el liderazgo del régimen militar, cuyas contradicciones con el imperialismo empujaban, necesariamente, en una dirección "anticapitalista", por lo cual el inicial "apoyo crítico" daba lugar a un apoyo total e irrestricto, cuyo precio era la neutralización política del proletariado y las demás capas populares, afectando inclusive sus obligadas demandas reivindicativas.

Si bien la mayoría de los trabajadores no podía dejar, ni dejó, de movilizarse por sus reivindicaciones inmediatas, ciertamente el régimen militar pudo gozar, durante sus primeras etapas, de una apreciable neutralidad política de gran parte de los trabajadores, inclusive de una simpatía rebajada por la desconfianza. Esa desconfianza fue extendiéndose, particularmente desde fines de 1972, pero la imagen anterior prolongó aún su presencia en muchos sectores de trabajadores, como para impedir una percepción más claramente ajustada a sus intereses de clase cuando los hechos comenzaban a revelar la naturaleza social básica del régimen militar, y aun para producir vacilaciones crecientes en algunas organizaciones de izquierda.

Minoritarias fracciones de trabajadores, ya en esas primeras etapas, entraron no obstante en conflicto abierto con el régimen militar, bajo la influencia de corrientes y agrupaciones de la izquierda revolucionaria, como los trabajadores del magisterio, que se reorganizaron en el SUTEP y sufrieron violentas represiones desde 1971, lo mismo que los mineros.

4. Esa situación fue modificándose, de modo relativamente rápido, de 1973 en adelante, aclarándose desde mediados de 1974. Las propias medidas del régimen militar permitían la reorganización de las bases del capital en el país, en un sentido de depuración del carácter capitalista de la entera formación social y, en consecuencia, de las relaciones de clase implicadas, agotando el terreno de cultivo de la ideología democrático-nacionalista y abriendo el piso de expansión de ideologías más depuradamente clasistas, y en el caso del proletariado y otras capas de explotados, el reforzamiento de la influencia del socialismo.

La depuración de las relaciones de clase desataba las históricamente necesarias tendencias de su conflicto agudizadas por la debilidad del capitalismo dependiente y subdesarrollado, inapto para asimilar los elementos de conciliación de clases que los extremos utópicos de la ideología de las capas medias radicales en el gobierno, injertaban a las reformas del capital, como en el caso de las CCII.³ Y, por otra parte, en tanto que el régimen militar procuraba negociar, a través de la formación del capital estatal, nuevas formas de asociación con el capital imperialista internacional, asumía crecientemente —probablemente a contrapelo del nacionalismo de sus sectores más radicales— la defensa del capital imperialista asociado al capital estatal.

Esos problemas fueron atravesando al régimen militar, produciendo cambios con la correlación interna de fuerzas y diferenciaciones nuevas, al paso que se agudizaban los conflictos obrero-patronales, que ahora incluían al propio Estado, gerente de una parte importante del capital, y que en consecuencia enfrentaba al régimen militar a nuevas y mayores capas de trabajadores, reduciendo y deteriorando su previa imagen, a pesar de los esfuerzos del PC, entre los trabajadores.

Las modificaciones en la correlación de fuerzas dentro del régimen, se producían a lo largo de dos tendencias. La primera, ampliando la influencia de los sectores que más directamente ejercían la representación tecnocrática del capital, lo que pronto se robusteció por la

³ CCII: Comunidades Industriales: forma de participación de los obreros en la administración y el reparto de utilidades en las empresas; creadas por ley gubernamental en 1971.

incorporación de representantes directos de la burguesía a posiciones importantes en el aparato administrativo del Estado. La segunda, produciendo diferenciaciones importantes en la corriente democrático-nacionalista, antes aglutinada en el "velasquismo", y cuyo predominio otorgaba al régimen entero ese carácter. Esa diferenciación fue dividiendo a un grupo cuyo nacionalismo se traducía como estatismo desarrollista, y que se orientó a imponer por la violencia a las masas el diseño corporativo de reorganización institucional del Estado, frente a otro grupo que mantenía vacilantemente su orientación democrático-nacionalista, traduciéndola ahora como un programa de conciliación de clases, como base de implantación del diseño corporativo del Estado, implicando formas de participación de los trabajadores no impuestas por la violencia, y de capitalismo de Estado, como eje central de la administración del capital, pero defendiendo igualmente la esencial asociación con el capital imperialista.

Así, una corriente tecnocrática, modernista y desarrollista, con propensiones corporativistas, ganaba terreno en el régimen militar, mientras el "velasquismo" entraba en descomposición, diferenciándose en una corriente de orientación fascistizante (corporativismo impuesto por la violencia y nacionalismo estatista) y una corriente corporativista, pero que persistía en la búsqueda de formas "democráticas" de participación de trabajadores en las instituciones corporativas de conciliación de clases, y cuyo nacionalismo se traducía en la búsqueda de desarrollo del capital estatal asociado al capital internacional, con la pretensión de hegemonía del primero.

Es el desenvolvimiento de estas diferenciaciones y conflictos entre las varias corrientes dentro del régimen militar, entre las que fluctuaban muchos de sus miembros, y entre las cuales se establecían convergencias y conflictos contradictorios, según el cambiante contexto de las luchas de clases que se extendían y atravesaban y comprometían al régimen militar, lo que presidirá el destino del gobierno hasta el cambio de mando en agosto de 1975.

5. En tanto que el régimen entero iba enfrentándose a los trabajadores, su carácter esencialmente capitalista iba quedando al descubierto para las masas. Y simultáneamente, eso implicaba la depuración de su composición social en favor del creciente predominio de la representación burguesa, directa y tecnocrática, disminuyendo el poder de la representación de las capas medias y acentuando la división dentro de sus portadores. La depuración del carácter de clase del régimen militar era la otra cara de la descomposición del "velasquismo", todo ello contribuía poderosamente a la agudización del conjunto de las luchas de clases en el

país, principalmente por el hecho de que se reforzaban las tendencias fascizantes, incluyendo al propio Velasco en las mismas. Las masas se enfrentaban resueltamente a ellas en todos los sectores y lugares del país.

El aislamiento final de la tendencia corporativo-fascista, convertida en una "camarilla" que por el lugar formal de sus miembros en el Estado disponía aun de poder, frente a las otras corrientes, su falta de legitimidad dentro de la burguesía, por su origen reformista democrático-nacionalista, y frente al crecimiento de las movilizaciones de las masas, determinaron el cambio final de la dirección del régimen militar, y el desarrollo de la tendencia tecnocrática que representaba de manera más depurada los intereses de la burguesía.

B. Del reformismo obrero-burocrático al socialismo revolucionario

6. Durante este proceso, y en esas condiciones, al extenderse las luchas de los trabajadores, el proceso ideológico y político entre las masas entró en una nueva fase. En primer lugar, el amplio predominio inicial de las versiones radicalizadas de la ideología democrático-nacionalista se fue reduciendo y abriendo paso a una creciente diferenciación ideológico-política entre numerosos sectores de trabajadores. En algunos de ellos, decisivos —como los trabajadores metalúrgicos, mineros, maestros, bancarios, y otros menores— la vieja disputa entre el aprismo y el reformismo obrero-burocrático del PC, se convirtió en la disputa entre éste último, formalmente socialista, y diversas otras corrientes socialistas. El socialismo pasaba a ser la ideología que tendía al predominio; aunque su formulación fuera aún general y difusa, desarrollaba la dirección anticapitalista del movimiento obrero, sobre todo, y de los grupos mejor organizados de asalariados medios.

Esa extensión de la influencia de ideología socialista, aparejaba el crecimiento de diversas agrupaciones de izquierda, algunas de las cuales sobrepasaban el marco del movimiento universitario en donde surgieron y se mantenían, comenzando a influir directamente en sectores importantes de obreros y asalariados medios, así como en importantes capas de semiproletariado rural y de campesinos.

En segundo lugar, la conducta de apoyo al régimen militar, sostenida invariablemente por el PC, perdía constantemente respaldo en el desenvolvimiento de la realidad, y la desconfianza frente a esa política se extendió en las bases del movimiento obrero centralizado

en la CGTP, cuya dirección de cúpula era monopolizada por ese partido. Esa línea política aparecía cada vez más claramente en su carácter oportunista y conciliador con el capital, obligada a neutralizar todo lo que podía, inclusive las demandas reivindicativas de los trabajadores, en servicio de su apoyo al régimen, cuando las dificultades económicas de las masas eran crecientes.

Esas tendencias se fueron traduciendo en un creciente distanciamiento entre las bases y la dirección de cúpula de la CGTP, y aun en varias federaciones sectoriales, y al mismo tiempo en diferenciaciones políticas dentro del propio PC.

La extensión de los movimientos de masas rompía también la artificial cohesión de las organizaciones sindicales oficialistas, como la CTRP,⁴ cuyas bases obreras limeñas asumían posturas radicales. Se revitalizaban otras organizaciones sindicales, como la de Gráficos, pero en esas condiciones decidían mantenerse al margen de las Centrales Nacionales, así como más tarde la ruptura entre la Federación de Pescadores y la CTRP producía el mismo resultado.

El proceso de centralización sindical quedaba profundamente afectado, como consecuencia del propio proceso de extensión y radicalización de las luchas de masas, acompañado por diferenciaciones ideológicas y políticas.

En tercer lugar, la declinación de la hegemonía de la dirección PC en el movimiento obrero y popular, sindical y políticamente, no lograba traducirse en una reaglutinación política centralizadora, capaz de desarrollar las luchas de las masas y de reorientar el proceso de centralización sindical.

A pesar del crecimiento orgánico y de la influencia de algunas agrupaciones, el sectarismo manipulador, las vacilaciones frente al régimen y la radical inadecuación de las teorías políticas frente a la realidad, surgieron como obstáculos que se revelaron infranqueables para las perspectivas de orientación, desarrollo y centralización de las nuevas corrientes desatadas en el seno de las masas en el curso de la agudización de las luchas de clases.

El proceso de las masas se desarrollaba, así, con características extremadamente contradictorias. Sus luchas se extendían a todos los sectores y en todos los lugares del país; se revitalizaban las organizaciones de base en el movimiento sindical; se reducía rápidamente la influencia de ideologías democrático-nacionalistas; diversas ideologías socialistas extendían

⁴ CTRP: Central de Trabajadores de la Revolución Peruana, creada por la Junta Militar en 1972 —luego de la nacionalización de la industria harinera de pescado—, tomando como sus columnas vertebrales a la Federación de [Trabajadores] Pescadores y el Sindicato de Choferes.

su ámbito de influencia. Sin embargo, su dirección principal, PC-CGTP, se distanciaba cada vez más de las bases, y se burocratizaba aún más. Y en el otro extremo, la fragmentación orgánica, el sectarismo y la manipulación, además de vacilaciones crecientes frente al régimen en depuración, dispersaban las luchas e impedían la centralización y la maduración política de las nuevas corrientes de masas.

7. Al acentuarse la crisis económica, durante 1975 y 1976, todas estas tendencias entraron en agudización. Las luchas de las masas cobraron un momento de amplia extensión y agudización. En pocos pero importantes casos, llegaron hasta a producir nuevas formas de coordinación y de organización, que ligando las luchas obreras al apoyo directo y activo de una vasta población popular de toda una zona urbana, aparecieron como virtuales embriones de formas de poder insurreccional como en el caso de los enfrentamientos de la Carretera Central-Vitarte, donde más de diez mil habitantes de la zona mantuvieron en jaque a las fuerzas represivas por más de dos días. Esos hechos fueron, sin duda, decisivos para el desencadenamiento, inmediatamente después, de la actual fase de la ofensiva del gobierno militar. Pero, en la vasta mayoría de los otros casos, las luchas se dieron de modo disperso y aislado, no obstante su simultaneidad.

El régimen ingresó en sus tramos finales de depuración y el "velasquismo" en sus fases finales de descomposición, producido ya el cambio de dirección del gobierno, y la iniciación de la ofensiva general contra las masas en movilización.

El PC y su dirección en la CGTP se empantanaron en las trampas de su política oportunista, que ninguna instancia de la realidad podía ya cohonestar ni siquiera en las apariencias, llegando inclusive, en el momento mismo en qué se desencadenaba la ofensiva, hecho ya el cambio de mando en el gobierno, a sostener públicamente que el partido seguía considerando a ese nuevo régimen militar como "revolucionario y antimperialista" y llamaba a las masas populares a sostenerlo contra la "oligarquía, el imperialismo y el fascismo" (!). Los sectores de masas donde este partido ejercía su influencia política, así como las bases de la CGTP, quedaban así presas de la confusión y carentes de dirección centralizada para sus inequívocos impulsos de resistencia y de movilización contra la ofensiva.

Esas consecuencias sobre las masas fueron tanto mayores al agudizarse en ese momento la crisis política (ideológica y orgánica) de la generalidad de las otras agrupaciones de izquierda,

en particular de las que habían logrado mayor influencia en las bases del movimiento obrero y popular. La desesperación aumentó la ya ostensible desorientación política de algunas tendencias que, como Patria Roja y el POMR,⁵ con diversa argumentación llegaron a sostener que el país ingresaba en una fase prerrevolucionaria inmediata, derivando de ese modo en actitudes claramente descabelladas, que procuraban arrastrar a los trabajadores a acciones que éstos sabían no realizables en ese momento, y que, por eso, no prosperaron. Ese es el caso, principalmente, de los “decretos” de huelga general que Patria Roja emitió, sucesivamente sin eco alguno, usando el nombre del CCUSC, cuya dirección formal ejercía, aislándolo así de las masas.

8. De este modo, durante estos últimos ocho años, se definieron las condiciones de la bancarrota histórica del reformismo democrático-nacionalista, en tanto que posible dirección eficaz de un movimiento popular revolucionario, en el contexto actual nacional e internacional del capitalismo. Y se abrieron aquellas que permiten el desarrollo de la influencia de alternativas socialistas como referencia político-ideológica de las masas.

La bancarrota de las ideologías democrático-nacionalistas es, pues, una de las expresiones directas del final de todo un periodo histórico en el Perú, así como la extensión de la influencia de ideologías socialistas indica el comienzo de otro.

Se sigue de allí que se profundizan las luchas político-sociales, asumiendo contenidos de clase cada vez más depurados y diferenciados. Pero es necesario dejar claro que eso no implica, ni que hayamos ingresado en una coyuntura prerrevolucionaria inmediata, ni que las posibilidades de desarrollo del socialismo revolucionario sean en adelante linealmente crecientes.

De un lado, porque la bancarrota real del reformismo democrático nacionalista, como dirección y, al mismo tiempo, como encuadramiento de las luchas de las masas, no significa que sus consecuencias se borren automáticamente. Ahora mismo, estamos asistiendo a intentos de recuperación y reorganización de sus restos, bien que significativamente con otro lenguaje, en el llamado Partido Socialista Revolucionario (que no es ni lo uno ni lo otro), y en

⁵ *Patria Roja*, órgano del Partido Comunista del Perú de tendencia maoísta, escisión del Partido Comunista Peruano (pro-soviético). POMR, Partido Obrero Marxista Revolucionario de tendencia trotskista (Reconstrucción de IV Internacional).

los anuncios de formación de un posible Movimiento Revolucionario Velasquista (que podrá ser lo uno pero no lo otro).

Y, de otro lado, en el mismo escenario y en el mismo proceso, hemos verificado el fracaso del oportunismo conciliador y del aventurerismo de ciertas corrientes de izquierda, que surgieron en este periodo como las corrientes dominantes de los tramos iniciales de formación y desarrollo de un movimiento socialista entre las masas. Y son, desafortunada pero accidentalmente, muy débiles aún los embriones de una posible alternativa revolucionaria socialista, efectivamente defendida del oportunismo y del sectarismo ultrista.

Ambos problemas indican que las masas trabajadoras peruanas no han salido aún del todo de las redes ideológicas de raíz pequeñoburguesa y burocrática. Y aunque es demostrable que las tendencias profundas de la estructura renovada de nuestra sociedad, están empujando a las clases y capas sociales hacia diferenciaciones y polarizaciones políticas cada vez más profundas, de allí no se sigue que las ideologías, hábitos, organizaciones y confusiones engendradas en el pasado no estén aún en actividad. Nada sería, por eso, más peligroso ahora, para el destino del movimiento revolucionario socialista en formación, que imaginarse y proceder como si el solo despliegue de una voluntad enérgica fuera bastante para cimentar sólidamente un edificio que implica la historia misma del conjunto de las luchas de clases del Perú.

Las tendencias objetivas, demostrables, de la estructura profunda de la sociedad, definen los objetivos y el movimiento estratégico de nuestras luchas. Pero es el modo como la realidad aparece, esto es, las instancias concretas en que se muestran las intersecciones entre el pasado y el presente, la estructura y la historia, lo que define los movimientos tácticos que dan sentido a la estrategia y que cobran el suyo dentro de ella.

Y la realidad peruana actual de las luchas de clases, incluye al mismo tiempo sus tendencias profundas de largo plazo, y las materializaciones de sus previos procesos entrecruzándose con las primeras manifestaciones de las actuales tendencias. Procurar ver la realidad en su conjunto es asumirla con todos estos niveles, al mismo tiempo y por separado. Sólo ello permite eludir el oportunismo y el sectarismo ultrista, que son, precisamente, el resultado de una visión o superficial o parcial de la realidad, en que suelen combinarse la ignorancia con una defectuosa vinculación de clase para producir una estructura ineficaz del

conocimiento. Por todo eso, antes de levantar el problema de las condiciones y posibilidades del desarrollo futuro del movimiento revolucionario socialista, desde el nuevo punto de partida que la historia coloca, es indispensable hacer el esfuerzo de descubrir el modo en que hoy está configurada esta realidad y las tendencias que la mueven, de identificar los problemas que hay que enfrentar y las tareas que pueden dirigirse a eso, así como de las fuerzas inmediatas y potenciales que pueden ser puestas en juego, en qué momento y bajo qué condiciones.

Lo que sigue es, apenas, el señalamiento de las cuestiones más significativas y de las líneas generales de su abordaje. La prosecución y profundizaciones de este esfuerzo es la tarea de todos los militantes.

LA SITUACIÓN Y LAS TENDENCIAS DE LA BURGUESÍA EN EL NUEVO PERIODO

Lo primero que aquí debe ser despejado, es que en la composición de la clase burguesa en el Perú no concurren solamente peruanos, sino también los representantes de los intereses de los grupos de burguesía monopolista internacional que operan en el Perú.

Ello corresponde a la composición del dominio del capital en este país, en cuyo seno intervienen, como se sabe de manera hegemónica, esos grupos de la burguesía monopolista internacional. Han variado las formas de relación entre estos grupos y los peruanos burgueses, en el dominio del capital a lo largo de este siglo. Hasta los comienzos de la última posguerra, esa relación era de carácter semicolonial, ya que los grupos de burguesía peruana controlaban no solamente una parte menor del capital, sino que lo hacían de manera separada aunque en los mismos rubros económicos, y para el mismo destino, de lo cual se derivaba una política estatal que garantizaba la reproducción de esa situación. Posteriormente, se fue definiendo una nueva forma de relación, consistente en una asociación de intereses en las mismas empresas y grupos de capital, ocupando los peruanos una posición minoritaria y subordinada.

El régimen “velasquista” inició, dentro de esa tendencia, una modalidad de asociación a través del capital estatal, y durante un tiempo con la pretensión de hegemonía de este último. Actualmente redefinido, por el momento, el lugar del capital estatal en el conjunto de éste en el país, la relación predominante entre la burguesía peruana y los grupos de burguesía internacional, es la de una asociación profunda en el dominio del capital, a través de su forma

privada principalmente, pero también vía su forma estatal, ocupando en esa asociación una posición minoritaria y subordinada.

Así, en tanto que “funcionarios” del capital —como Marx decía— el conjunto de los integrantes de la burguesía en el Perú son tanto peruanos como internacionales, con el predominio de los últimos.

Este hecho introduce discontinuidades y contradicciones, entre el condominio del capital y su representación política en el Estado, ya que legalmente sólo los peruanos pueden ocupar un lugar en el gobierno del Estado. Pero esas discontinuidades, siendo eventualmente importantes como lo demostró el propio régimen “velasquista”, son sin embargo principalmente externas, esto es superficiales en cuanto al comportamiento político de la burguesía como clase.

De un lado, porque, sobre todo ahora, los representantes de los intereses de los grupos de burguesía internacional forman parte de las mismas organizaciones gremiales con los grupos burgueses peruanos y en consecuencia participan predominantemente en la definición de las políticas de esos organismos. De otro lado, porque las condiciones de la asociación implican que los burgueses peruanos asumen en el Estado o fuera de él, la representación del conjunto de los intereses asociados. Y, finalmente, porque los representantes de los grupos de burguesía internacional influyen en el Estado, además, a través de mecanismos informales pero directos.

Sin embargo, esa composición en el dominio del capital en el Perú, implica otras discontinuidades, probablemente más decisivas que las anteriores. Y es que los grupos de burguesía internacional que operan en el país, están aquí representados por sus administradores y por sus socios peruanos, pero no habitan —social, cultural, psicosocialmente— la sociedad peruana. En consecuencia, la densidad del capital y su dominio en la economía peruana, no es equivalente a la densidad de la burguesía como grupo social concreto en la sociedad, con todo lo que eso conlleva como dificultad para el aburguesamiento social, cultural, ideológico, del conjunto de la sociedad.

Éste es, sin duda, uno de los factores decisivos que permiten la continuidad de formas de relación social y de valores preburgueses o transicionales, que afectan a capas amplias de la sociedad peruana aun cuando las relaciones de producción en que aquéllas participan han

asumido ya definitivamente un carácter capitalista. La economía es capitalista, pero la sociedad no es burguesa en la misma medida. Probablemente, eso está en el fondo de la persistencia de orientaciones ideológicas que atraviesan aún a gran parte de la izquierda peruana, para la cual el Perú como formación social es básicamente semifeudal y la revolución, en consecuencia, democrático-popular. Y, por supuesto, a eso se llama “maoísmo”.

Así pues, la clase burguesa en el Perú no se agota en el grupo social concreto de burgueses peruanos, y administradores del capital internacional. Como grupo social concreto, es básicamente peruano y es débil. Como representación de clase, es decir como representación de intereses sociales, que engendran matrices de comportamiento, es interna e internacionalmente fuerte. Esta condición contradictoria, entre debilidad de grupo y su fuerza de clase, permite explicar muchas de las dificultades de la burguesía para organizar de modo estable su dominación política en el Perú. Y no debe, por eso, ser omitida en el examen de los problemas nacionales, porque de otro modo no podríamos entender, plenamente, el carácter de las relaciones entre nuestra formación social y el orden capitalista internacional del que forma parte, entre el imperialismo y la dependencia.

LA RECOMPOSICIÓN DE LA BURGUESÍA

CARACTERÍSTICAS Y TENDENCIAS

Dentro del conjunto de cambios de la sociedad peruana que van produciendo la iniciación de un nuevo periodo histórico de las luchas de clases y que se generaron principalmente durante el régimen velasquista, una parte de los más decisivos para las tendencias de profundización de los conflictos sociales como conflictos de clase se refieren al reajuste de las bases mismas de la existencia de la burguesía como clase y a las tendencias que definen su estructura interna y sus relaciones con otras capas y clases de esta sociedad. Los reajustes tienen el sentido de una recomposición, tanto de sus bases en la estructura del capital por efecto de las reformas realizadas, como de las tendencias de articulación de la clase y de las correlaciones de fuerza entre sus varias fracciones, que dependen de esa reestructuración de sus bases y de las corrientes de organización e ideología que provienen de épocas previas; todo esto se encuentra condicionado por las características que va asumiendo este nuevo periodo, es decir, por las necesidades derivadas de la profundización de sus conflictos con el

proletariado. De ahí que esta recomposición de la burguesía se opere simultáneamente en diversos planos entrecruzados. Y, desde luego, de manera contradictoria con las manifestaciones específicas que provienen de la estructura extremadamente desigual y combinada del capital en el Perú, así como de las modalidades históricas que va alcanzando la lucha de clases.

Se pueden distinguir cuatro planes que se entrecruzan en este proceso de recomposición de la burguesía en el Perú.

1. La homogeneización histórico-social

Se alude aquí al hecho fundamental de la eliminación de los sectores oligárquicos de la burguesía (gran burguesía agraria, financiera y comercial, principalmente, y grupos de mediana burguesía de los mismos rubros, asociados a aquélla), en tanto que fracciones concretas dentro de la clase y tendencias ideológico-políticas correspondientes, como consecuencia de la erradicación de sus bases materiales de existencia, por la reforma agraria y financiera, fundamentalmente, pero también por la reforma de la prensa y otras menores. Al mismo tiempo, se ha intensificado, aunque no agotado, la desintegración y extinción de los terratenientes gamonales como clase. Ambos hechos eliminan también las alianzas político-sociales entre esos dos sectores sociales que aunque ya en declinación y desintegración todavía representaban en el país una fuerza político-social discernible antes del “velasquismo”, y que previamente a la segunda guerra mundial constituían el eje mismo de la coalición de poder dominante en esta sociedad, bajo la tutela de la burguesía imperialista, todos ellos controlando oligárquicamente el Estado.

Esos hechos significan que la burguesía que se mantiene y que emerge de este proceso, se ha homogeneizado social e históricamente. Ahora se trata de una burguesía moderna, básicamente industrial-urbana, dominando una estructura de capital en donde las bases semicoloniales de su reproducción tienen un peso muy poco significativo, con todo lo que eso implica para la entera estructura de la formación social peruana. Emerge de la ruptura y tramonto de un ciclo histórico y depurado de sus sectores aún ligados, aunque ya de manera parcial y contradictoria, a las bases moribundas del ciclo anterior.

2. La concentración de poder

Una de las características sustantivas del proceso del capital, bajo el régimen militar, ha sido la intensificación de su concentración; es decir, su monopolización.

Tal concentración ha sido, en parte, la consecuencia del desarrollo de las tendencias inmanentes del capital, especialmente por la presencia del capital monopolístico internacional en el dominio del país. Pero ha constituido, también, el resultado de la propia acción política del “velasquismo”, ciertamente no ajeno a esas tendencias inmanentes; sin embargo, esta concentración es mucho más el producto de las tendencias históricas del conflicto político social en el Perú, que del grado de maduración interna de las fuerzas productivas del capital en esta economía subdesarrollada.

El proceso de concentración de capital, por estos factores, se ha llevado a cabo a lo largo de dos canales: la formación y expansión del capital estatal, y la intensificación de la concentración de capital privado. Las relaciones contradictorias que se establecieron entre ambos canales, por el momento se van redefiniendo por la reducción del ámbito del capital estatal y las modificaciones en su articulación con el capital privado, en un sentido favorable a este último, bajo el nuevo régimen militar. Sin embargo, ni económica, ni políticamente, es un interés de la burguesía y de su representación tecnocrática hoy en el gobierno, el desmantelamiento del capital estatal. Y, eso, como después veremos, tendrá implicaciones importantes para las relaciones entre la burguesía y el Estado.

Lo que importa, por el momento, es dejar establecido que el lugar de los grupos monopolísticos de la burguesía en el Perú, se ha fortalecido sobre la base de la amplia e intensa concentración de capital en sus manos, tanto en forma privada como estatal. Y que en este proceso, la representación de los intereses del capital internacional, adquiere también un peso y una connotación no solamente mayores sino nuevas, en el carácter de clase de la burguesía en el Perú, especialmente por el hecho de que la asociación es hoy la modalidad central de las relaciones entre burgueses peruanos e internacionales, en el dominio del capital, dentro de las cuales los primeros tienen una posición subordinada. A eso debe añadirse, como luego veremos, la ahora más profunda integración del capital en el Perú, dentro del capital internacional.

3. La mayor articulación orgánica

El reajuste y expansión de las bases de la acumulación de capital, que signó el proceso de cambios introducidos por el régimen militar, no ha sido ciertamente suficiente como para asegurar y culminar la integración de todos los sectores de la economía en un circuito interno de acumulación, y mucho menos, por supuesto, para lograr —como era la imagen ideológica publicitada por el “velasquismo” — que el circuito se integrara sobre bases autónomas respecto del capital monopolístico internacional.

Sin embargo, no es menos cierto que actualmente, a diferencia de los años anteriores a la segunda guerra mundial y, todavía, a fines de la década de los cincuenta, se puede registrar la presencia efectiva de un circuito interno de acumulación de capital en el que se integran, aunque aún precariamente, todos los sectores de actividad económica. Ese circuito, como tal, está bajo el dominio del capital monopolístico internacional e interno, asociados. Y en tanto que su articulación es todavía precaria, sus principales sectores de acumulación (minería, agricultura de exportación, harina y aceite de pescado, y ciertas ramas fabriles) se integran también por separado al circuito internacional de acumulación, al mismo tiempo que al interno. Es decir, esos sectores no se incorporan al circuito internacional sólo a través de su integración al circuito interno. Por esas razones, se trata de un circuito interno y no de uno nacional —salvo administrativa y legalmente— y está aún en vías de consolidación. La clara ausencia de un circuito interno de acumulación fue una de las bases del tipo de acumulación semicolonial que caracterizaba al capitalismo en el Perú, entre comienzos de siglo y la segunda guerra mundial. Ello constituyó el fundamento de la burguesía oligárquica y de sus alianzas con los gamonales y sus formas de subordinación, sin asociación, con la burguesía imperialista de ese periodo. En la medida en que la conformación de ese circuito interno de acumulación, ha sido históricamente ubicada en el periodo de maduración del capital monopolístico, y de los mecanismos de fusión y asociación correspondientes, las empresas capitalistas han ido asumiendo también un doble carácter: unidades de producción y grupos de capitalistas, al mismo tiempo. Y en lo segundo, surgiendo en el control de varias unidades de producción, en diversas ramas y sectores de acumulación.

De ello se sigue el hecho de que la burguesía en el Perú actualmente está no solamente más profundamente articulada entre sus varios componentes, sectores y estratos, por la mayor

integración del capital en su conjunto, sino también porque se ha ido rearticulando y reorganizando, formando nuevos tipos de grupos de capitalistas, especialmente monopolistas.

Sin duda, lo que mejor expresa esta nueva tendencia de articulación orgánica de la burguesía por su ubicación en la estructura del capital, es el fortalecimiento y tecnoburocratización de sus organismos gremiales, hasta el punto de haber podido ir surgiendo como los principales organismos de articulación y expresión políticas durante el actual periodo. Es decir, la burguesía en el Perú tiene ahora una mayor organización gremial y cada gremio tiene también una mayor organicidad.

Durante el periodo posterior a 1968, el fortalecimiento de las organizaciones gremiales de la burguesía prolongó y maduró, de una parte, las tendencias que ya venían desarrollándose como respuesta a sus propias necesidades económicas y tecnocráticas, de manejo de una estructura cada vez más compleja del capital. Pero, de otro lado, parece también probable que la burguesía se viera obligada al mayor desarrollo de su organización corporativa, en la medida en que no disponía de mejores canales de relación con el Estado y de influencia en él, en un régimen donde los mecanismos previos (parlamento, prensa, grupos de presión extragremiales, etcétera) estaban ausentes. Por esas últimas razones, probablemente, las más importantes organizaciones corporativas de la burguesía se fueron transformando en los años recientes en centros de articulación política interna y en foros casi-parlamentarios de relación con el régimen militar, como el Congreso Anual de Ejecutivos (CADE).

Así, Adex, Conaco, Fedecámaras, Sociedad de Industrias, Sociedad de Minería, Sociedad de Medianos y Pequeños Mineros, Asociación de Medianos y Pequeños Agricultores, han sido durante este periodo no solamente fortalecidos orgánicamente, dejando de ser membretes para uso de algunos figurones burgueses de cada sector o comités de vida en general precaria, sino que se convirtieron en centros de discusión y decisión política de sectores o estratos burgueses importantes, ejerciendo una presión política suficientemente fuerte como para obligar al régimen a ceder posiciones (como en el enfrentamiento con los “agricultores” o a reaccionar con la represión (caso de la Sociedad de Industrias y Duharte). Y todo ello, permitiendo al conjunto de la burguesía aglutinarse detrás de un organismo global, como el CADE anual, que se convirtió en el foro central de las discusiones entre la burguesía, la tecnocracia administradora del capital estatal y las autoridades políticas del régimen militar.

Durante todos estos años, la burguesía no se organizó, ni se dirigió, ni se expresó principalmente por los partidos políticos a su servicio. Y desde la expropiación de la gran prensa y su estatización de facto, tampoco pudo servirse de ese instrumento de presión. Fueron sus principales organizaciones corporativas las que le sirvieron a la clase como su instrumento de organización, de cohesión y de debate, y de relación con el Estado.

Todo ello, pues, da cuenta de un notable desarrollo de la capacidad de articulación interna de la burguesía en el Perú, sectorial y colectivamente, sobre la base de su nuevo lugar en la estructura del capital y de las exigencias concretas del contexto político.

4. La mayor integración con la burguesía internacional

Esto es, quizás, más obvio y no tenemos que insistir sobre ello. Baste aquí señalarlo, y mencionar sus bases. A la hora del desarrollo de una tendencia de integración internacional de importantes sectores de la burguesía —a través no sólo de la internacionalización del capital, sino de su expresión institucional en las grandes empresas mundiales— las burguesías de países como el nuestro no pueden quedar al margen de esa tendencia. Aunque, por ser un país como éste, es decir, un capitalismo en que las contradicciones del capital y de su sistema adquieren connotaciones extremas, la más profunda integración de la burguesía en el Perú dentro de la burguesía internacional, en todas sus formas de asociación privadas y estatales, implica también más agudas contradicciones.

Lo que aquí debemos señalar es que la asociación de la burguesía internacional tiene un doble eje: privado y estatal. Bajo el “velasquismo”, se intentó hacer del último el eje central; más aún, apuntando a la prevalencia del capital estatal en esa asociación. Sus límites están ahora a la vista. Pero las exigencias estructurales de la existencia de ese doble eje implican que las relaciones internacionales de la burguesía en el Perú difícilmente podrán contenerse en esos límites, atendidas las características y las tendencias de la crisis actual del capitalismo. Entre otras cosas, por el carácter contradictorio que van asumiendo las relaciones entre los Estados-Nación y las empresas “multinacionales”, ya que en ellas se intersecta toda la trama de las exigencias del desarrollo del capital internacional y de la lucha de clases de que depende cada Estado-Nación.

LAS CONTRADICCIONES y LOS LÍMITES DE ESAS TENDENCIAS

Hemos visto que la actual burguesía en el Perú asume concretamente una conformación bien distinta que en periodos anteriores. Homogeneizada, articulada internamente de manera más orgánica, en tomo de un eje de poder monopólico creciente, y más integrada con la burguesía internacional. Sería fácil derivar de allí la imagen de una clase social coherente, fortalecida bajo dirección unificada y centralizadora, capaz de reorganizar el Estado a la medida de sus nuevas necesidades de dominación. Y nada sería más alejado de la realidad. Nada tan peligroso como subestimar su fuerza de clase. Pero no tanto como sobrestimar su destino estratégico.

Las objetivas tendencias registrables que caracterizan la recomposición de la burguesía en el Perú, sólo pueden manifestarse contradictoriamente, atravesadas por los fenómenos resultantes del propio pasado de la clase, es decir, de su anterior situación en el complejo de las relaciones de clases, por las crecientes contradicciones de la estructura del capital, interno e internacional, y por los condicionamientos derivados del curso actual de las luchas de clases.

La homogeneización histórico-social es real respecto de los sectores oligárquicos de la clase. Pero no puede abarcar el problema de la heterogeneidad resultante de la desigual y combinada estructura del capital en el país, en la cual se articulan los sectores de capital integrados al circuito internacionalizado, las fracciones de capital monopólico cuya articulación con aquél es inexistente o precaria, los estratos de capital competitivo y las formas todavía en curso de acumulación primitiva. Todo lo cual produce una necesaria heterogeneidad de la ubicación de los varios sectores y estratos de la burguesía en esa estructura.

Por eso mismo, la tendencia a la concentración del poder, como una virtualidad centralizadora de la articulación interna de la clase, tropieza con esa heterogeneidad de intereses específicos de sus componentes, con la precariedad de la integración del circuito interno de acumulación, que traba esa misma tendencia hacia una mayor articulación interna de la clase, así como su articulación internacional se enfrenta con las contradicciones y

conflictos que, en el seno mismo de la burguesía monopólica imperialista, producen el estallido y profundización de la crisis actual.

LAS IMPLICACIONES POLÍTICAS DE ESAS TENDENCIAS Y DE SUS CONTRADICCIONES Y SUS LÍMITES

El conjunto de las tendencias señaladas implica, en primer lugar, la base de una posibilidad de surgimiento de un eje de hegemonía política dentro de la clase, bajo el comando de sus grupos monopólicos. Esa tendencia virtual podría, además, cobrar mayor gravitación por el hecho de que el comportamiento político de la clase estará en adelante condicionado ante todo por la profundización de sus conflictos con el proletariado, si éste desarrolla su actual proceso de emancipación política y de organización política como clase diferenciada.

Esto establece una diferencia decisiva con la situación previa al proceso iniciado en 1968. Allí, la diferencia existente entre los sectores oligárquicos de la clase y los sectores modernos, tecnocráticos, generó la ausencia de cohesión política de la burguesía, y con ella la necesidad de conflictos y de compromisos que impidieron el surgimiento de un eje de hegemonía política dentro de la clase y en el Estado.

Y aquella situación permitió y obligó una presencia excepcionalmente destacada de las capas de mediana y pequeña burguesía, y en especial de los grupos intelectual-profesionales y burocráticos procedentes de esos sectores, y de sus representaciones políticas, como intermediadores políticos y tecnocráticos entre esas fracciones en compromiso conflictivo dentro de la burguesía y entre el conjunto de ésta y las clases explotadas.

La burguesía, en su conjunto, y cada una de sus fracciones principales, tuvo en consecuencia que vincularse a esas capas y a sus representaciones políticas, a negociar con ellas sus reivindicaciones particulares (las de esas capas), como precio de ventajas en las cuotas de coparticipación en el poder económico y político que podían lograrse a través del Estado.

La brecha creada en la cohesión de la coalición oligárquica, al afirmarse la implantación de la dominación imperialista semicolonial, y cuyo punto de estallido fue el golpe leguista⁶ de 1919, la ruptura del hasta entonces poderoso Partido Civilista, la posterior liquidación de

⁶ Golpe de Estado encabezado por Augusto B. Leguía, quien estableció una dictadura popularmente bautizada como el “oncenio” (1919-1930).

todos los partidos históricos de la burguesía y de todos los componentes de la coalición oligárquica de entonces, no solamente llevó a la consolidación de la condición semicolonial de la burguesía predominante en esa coalición oligárquica, sino también, por eso mismo, a la pérdida de toda su capacidad para elaborar proyecto nacional alguno, liquidados sus intereses nacionales, y, en consecuencia, eliminada su capacidad de organizarse políticamente como clase y aún como fracción de clase significativa.

En esas condiciones, la coalición oligárquica tuvo que enfrentarse a un frente formado por las capas medias emergentes y las clases explotadas, que se desarrolló elaborando una ideología democrático-nacionalista de larga perduración y predominio entre los trabajadores.

Cuando, después de la segunda guerra mundial, se modifican las bases del capital en el Perú por la formación progresiva de un circuito interno de acumulación, entran en crisis los soportes de reproducción de la anterior estructura, y se va abriendo una nueva brecha dentro de la coalición oligárquica, entre los sectores burgueses y sus aliados fundados en la anterior estructura de explotación y de dominación, y las fracciones burguesas que se levantaban sobre las bases de la nueva estructura en formación. Es decir, entre los estratos de burguesía semicolonial y los sectores de burguesía que eran integrados como asociados del nuevo capital internacional. Ninguna, en consecuencia, con intereses efectivamente nacionales, por mucho que las exigencias de integración del circuito interno de acumulación tiñeran de algunos ribetes nacionalistas a grupos minoritarios de las nuevas capas burguesas. Y por eso mismo, otra vez sin capacidad de imponer ninguno de esos sectores su hegemonía a la otra, ni capacidad para organizarse políticamente, ya que ningún proyecto nacional podía estar en sus objetivos.

Por ello, los elementos de un proyecto nacional capitalista permanecieron anclados y elaborados por las capas medias, principalmente por sus grupos intelectual-profesionales y burocráticos. Pero esta vez, las representaciones políticas de esos estratos encontraban ya un terreno de convergencia con las tendencias internas de la burguesía, aumentando su lugar de intermediación entre los sectores de la clase y entre el conjunto de ella y las clases explotadas. Por lo cual, también, las representaciones políticas de esos grupos, las viejas y las nuevas (APRA, AP, DC),⁷ tendieron a una mayor diferenciación, por sus formas diversas de

⁷ AP: Acción Popular. DC Democracia Cristiana.

vinculación con los sectores y fracciones burgueses, y se empantanaron en esas redes, incapaces, por lo tanto, de hacer valer sus proyectos nacionales, porque para ejercer su creciente función de intermediación política el precio era el compromiso con las diversas fracciones burguesas, en diversas dosis según las condiciones políticas globales del país.

La política burguesa desde la posguerra fue por eso cada vez más desarticulada y errática, de conflictos y de compromisos entre sus sectores oligárquicos y modernos, de vinculaciones y negociaciones cambiantes con las capas medias y sus representaciones políticas. Todo ello se expresaba en la creciente crisis, por el ascenso de las luchas populares. Esas tendencias llegaron a su punto más agudo entre 1963 y 1968, abriendo las puertas al golpe “velasquista”. Las bases históricas que permitieron esa inexistencia de un eje de hegemonía interna de la burguesía y sus implicaciones en el Estado, el anterior tipo de relaciones con las representaciones políticas de las capas medias, están canceladas, por la homogeneización de la burguesía, su mayor articulación interna y la gravitación centralizadora de sus grupos monopólicos, internos e internacionales. Y, además, ahora la clase entera comienza a enfrentarse a una efectiva lucha de clases con el proletariado y la propia y ajena experiencia requiere el desarrollo de una mayor cohesión política para ese conflicto.

Hay, pues, la base objetiva para el surgimiento de un nuevo eje de hegemonía política de la burguesía, que debe expresarse en las formas de control y de reorganización del Estado, es decir, de sus formas de dominación política sobre los explotados.

Sin embargo, las tendencias virtuales que esas bases implican, chocan con diversas dificultades para su efectivización.

En primer lugar, con la extrema heterogeneidad de intereses específicos de grupo dentro de la clase burguesa, que se derivan de la heterogeneidad del capital, su dispersión por la precariedad de la integración del circuito interno y los problemas de la crisis actual. Así, dentro de los propios grupos monopólicos de la burguesía, que en su conjunto podrían asumir la dirección política de la clase a través de sus fracciones más poderosas, se instalan diferenciaciones inevitables. De un lado, su relación con la burguesía monopólica internacional, asediada por la crisis, implica la variabilidad de las vinculaciones con los diversos grupos imperialistas, por la inestabilidad de las relaciones actuales entre éstos. De otro lado, los grupos monopólicos de la burguesía en el Perú están muy diferencialmente

colocados en la estructura productiva. Unos, en ramas y sectores profundamente articulados a los circuitos internacionales. Otros, al circuito interno y a su estrecho mercado. De modo general, podría decirse que los sectores monopólicos ligados a la producción exportable y los ligados a la producción para el mercado interno, bajo la crisis no pueden dejar de tener reivindicaciones diferentes sobre la política económica del Estado y de la distribución de recursos. Esos problemas podrían ser subordinados a la defensa global de la clase sólo en condiciones extremas del conflicto de clases. Entre tanto, dificultarán los acuerdos de repartición del poder del Estado.

En segunda instancia, esas mismas diferenciaciones atraviesan a los estratos de mediana y de pequeña burguesía solvente. Unos grupos están vinculados a los sectores de acumulación exportables, producen insumos para ellos o comercializan su producción. Otros grupos están relacionados con los sectores de acumulación que se basan en el mercado interno y en el circuito interno en general, sea subordinadas a los grupos monopólicos en las mismas formas que los otros sectores o de manera independiente.

En tercer lugar, se establecen diferenciaciones de interés entre los estratos monopólicos y los medios y pequeños, en tanto que existe una masa dispersa de capital mediano y pequeño, fundado en el circuito interno, y que opera de manera aún independiente respecto de los grupos monopólicos. Eso implica reivindicaciones específicas de esas capas medianas y pequeñas sobre el Estado, que tenderán rápidamente a desarrollarse conforme la crisis se mantenga o se agudice.

Igualmente, la burguesía urbana-industrial, en todos sus estratos, requiere una política agraria y comercial que permita mantener bajos los costos de reproducción de la fuerza de trabajo urbana, y eso choca, ya está chocando, con los intereses de la mediana y pequeña burguesía agraria, ampliada y en vías de consolidación posreforma agraria.

Finalmente, todo eso trae como consecuencia que sea inevitable para la burguesía en su conjunto y para cada una de sus fracciones, ahora o más tarde diferenciadas, la negociación y el compromiso con las representaciones políticas de las capas medias, y en particular de sus grupos tecnocráticos, tanto para ampliar sus respectivas bases de pretensión a la hegemonía en el Estado como para hacer valer sus reivindicaciones de grupo; es decir, hay que negociar las propias reivindicaciones de las fracciones de la clase, las de los propios grupos tecnocráticos

políticamente organizados, las que incluyen concesiones parciales a las clientelas populares indispensables. Y ciertamente, esos grupos tecnocráticos tienen ahora una reivindicación excepcionalmente importante: lugar en la administración del capital estatal ya constituido, porque éste es el terreno privilegiado de su papel Político, de sus posibilidades de intermediación dentro de la burguesía y entre ésta y los explotados, En suma, de su lugar en el poder.

Y aquí es, por todo ello, donde entran con todas sus consecuencias los hechos provenientes del pasado: la existencia de formaciones políticas que, aunque ahora al servicio del capital de manera abierta, incluyen inevitablemente para su ejercicio clientelas populares con sus propias exigencias, no fáciles de obtener en tiempos de crisis; la permanencia en esas formaciones de elementos de proyectos democrático-nacionalistas que, aunque agotados en sus posibilidades, aún orientan la conducta concreta de algunos de sus sectores de base. Y, por encima de todo, su vigente condición de ser las únicas estructuras políticas organizadas con capacidad de lograr, aun si sólo fuera parcialmente, el encuadramiento de las masas en todo nuevo orden político burgués legalizado. En particular, el APRA y secundariamente Acción Popular. Y, junto a ellos, inclusive aún posibles sectores dentro de los rangos medios de las fuerzas armadas.

La propia burguesía como tal, y en particular sus grupos monopólicos, no tienen ahora y no podrán tenerla, capacidad de organizarse políticamente por fuera de esas organizaciones previas, por su radical carencia de todo posible proyecto nacional, sobre intereses nacionales.

Es, pues, el complejo de esta situación y de esas tendencias contradictorias, lo que obligará en los hechos a que la hegemonía de los intereses monopólicos busque ejercerse en el Estado mucho más a través de formas crecientemente arbitrarias, que vía los mecanismos institucionales legalizados, porque éstos importan la puesta en acción de todas estas contraposiciones y redes de negociación, de conflicto y de compromiso, en particular por el reivindicacionismo obligado de las capas medias de capital y de tecnocracia sobre el Estado. Si a eso se combinan las presiones resultantes de la profundización de las luchas de los explotados, una conclusión salta a la vista: la debilidad intrínseca de toda posibilidad de elaborar un proyecto coherente y estable de reorganización de la estructura del Estado, es decir, de un orden político institucional capaz, al mismo tiempo de expresar las correlaciones de fuerzas dentro de la burguesía y de encuadrar en sus redes las luchas de clases.

Otra conclusión, igualmente decisiva, se desprende de la anterior: la debilidad intrínseca de toda posibilidad de relegitimar y estabilizar un orden democrático burgués suficientemente abierto.

Esto implica, por eso, la debilidad estratégica de la burguesía en el Perú, por lo demás común a la gran mayoría de la burguesía en América Latina: prisionera de sus contradicciones intestinas de las redes provenientes de periodos anteriores, de las contradicciones crecientes del capital internacional, de las urgencias de la lucha de clases, la burguesía en el Perú no puede dejar de oscilar entre el autoritarismo y la democracia, aun si logra iniciar un corto periodo de apertura democrática, y tender cada vez más hacia la estabilización de la violencia represiva, como respuesta a sus necesidades, incapaz de elaborar y de sostener un proyecto político alternativo coherente.

LA DIFERENCIACIÓN POLÍTICA DE LAS CAPAS MEDIAS Y EL DETERIORO DE LAS BASES DE LA INTERMEDIACIÓN POLÍTICA

Uno de los más importantes e ilustrativos fenómenos políticos de la historia peruana posterior a los años treinta, ha sido el papel especialmente relevante de las capas medias, primero como cabeza de una coalición de fuerzas democráticas y nacionalistas frente a la coalición oligárquico-imperialista, y posteriormente como factor de intermediación política entre la burguesía y los trabajadores y entre los propios sectores de la burguesía.

Acaso mejor que ningún otro elemento, éste expresaba en cada uno de esos momentos, la inmadurez del proceso de depuración del carácter básico de las relaciones de clases, los desgarramientos internos dentro de la coalición dominante y la inmadurez del desarrollo político del proletariado peruano. Y en todo eso se ha fundado, hasta no hace mucho, inclusive el estilo “jacobino” del intento velasquista de solución de los problemas del capitalismo peruano, como respuesta a la agudización de los enfrentamientos de clases.

Eso también ha sufrido un cambio decisivo. No solamente no hay más lugar en este escenario para ninguna bandera antioligárquica equivalente a la de los años 30-50 y sus implicaciones nacionalistas. No hay tampoco ya lugar *suficiente* para una tentativa de intermediación efectiva entre la burguesía, tal como la acabamos de ver, y el movimiento obrero y popular tal como ahora se reorienta. Apenas queda espacio importante para las

necesidades burguesas de intermediación tecnocrática entre sus principales fracciones, a través de la administración estatal.

La depuración de la coalición de fuerzas que era el régimen velasquista; y la descomposición de sus restos, revelan los límites históricos, el agotamiento de las bases sociopolíticas del papel político de las capas medias en el Perú. Así como lo que ese régimen pudo hacer, demostraba la gran importancia de esas bases. Reconocimiento y réquiem para una historia de medio siglo.

El proceso de depuración de la estructura básica de la formación social peruana en la dirección capitalista, esto es, de las relaciones de clases, convergió históricamente con la crisis internacional e interna del capitalismo, con la crisis del reformismo obrero burocrático a nivel internacional e interno, con la crisis del Estado en el Perú y en gran parte de América Latina, con el desplazamiento de las luchas de clases hacia los centros mismos del orden capitalista. Fue, pues, un proceso tardío en relación a las expectativas de la moderna burguesía y de las capas medias en el Perú: consolidar las bases políticas de un régimen democrático-burgués moderno, legitimado en el consenso popular, apto para encuadrar en su legalidad las luchas de los explotados, duraderamente.

La destrucción de las bases del Estado oligárquico en crisis, no abre las puertas a un Estado burgués democrático estable, por mucho que aún se intente. La estatización de una parte considerable del capital, ideológicamente intentado como formación de capital nacional, no melló sino acentuó la dominación del capital monopolista internacional. El llamado a la integración corporativa de los trabajadores al nuevo Estado burgués, intentado por medios pacíficos, con técnicas de manipulación de origen populista y argumentado por una práctica conciliatoria (comunidades laborales, propiedad “social”, etcétera) se estrelló contra los límites inevitables del subdesarrollo y de la crisis, enfrentando la resistencia de las masas, y perdiendo todo tipo de legitimidad para la mediación burocrática de las capas medias entre el capital y el trabajo.

Las capas medias han forzado, queriéndolo y sin querer, a la recomposición sociopolítica de la burguesía, pero también tuvieron que enfrentarse al avance de la emancipación política del proletariado. En consecuencia, la burguesía así recompuesta deja de estar a la larga interesada en el mantenimiento de la democracia y de las formas y bases políticas que ésta

implica para la intermediación política de las capas medias entre burguesía y proletariado. Para las capas medias la pérdida de este papel en nuestro escenario, es el paradójico precio de su propia obra. Y lo pagará aún más caro en adelante, si no hay una derrota profunda del proletariado.

Esta es, cuidado, una tendencia cuyas bases no están aún plenamente definidas. Pero que ya está activa claramente y sus efectos en la situación y la conducta de las capas medias es observable: el inicio de una irreversible diferenciación política en el seno de las capas medias, entre tendencias de un más profundo sometimiento a los intereses políticos de la burguesía, que se expresa en la radicalización ideológica anticomunista, autoritaria y represiva, frente a tendencias que, aunque vacilantemente, se orientan hacia el campo político popular, con ya importantes sectores que avanzan hacia una definición socialista, esto es hacia el campo concreto del proletariado.

La descomposición del velasquismo y la depuración de las fuerzas armadas, así como la actual posición del APRA y otras formaciones equivalentes, son los indicadores más concretos de estas tendencias.

Por todo ello, también, no existe en el Perú la posibilidad de que se reproduzca, como algunos sectores hoy día parecen esperar, una situación semejante a la que el movimiento peronista supuso en la Argentina, como un marco político desde cuyo interior se van produciendo las polarizaciones de fuerzas políticas, incluyendo al proletariado y las capas medias. En el Perú, las fuerzas que se desprenden del velasquismo en una dirección radical, hasta tanto no se liberen de sus equívocos y trampas, no pueden constituir sino una tendencia paralela y parcialmente convergente con las fuerzas revolucionarias fundamentales que se desarrollan por fuera, independientemente y desde orígenes más depurados política y socialmente.

Eso, sin embargo, dependerá en lo fundamental de cuán rápida y fuertemente se desarrollen las alternativas políticas independientes del proletariado, de modo que el actual margen más o menos importante de maniobra de las tendencias radicales de las capas medias, se vaya convirtiendo en un terreno de maniobra táctica secundaria del proletariado y no en una arena de confusión y de desviación estratégica, como la que el APRA significó en los años treinta, a la muerte de Mariátegui, o el peronismo en la Argentina.

LA GRAVITACIÓN DE LAS OTRAS CAPAS DE EXPLOTADOS HACIA EL CAMPO POLÍTICO DEL PROLETARIADO

La generalización del capitalismo produce en el país una masiva liberación de mano de obra, pero por la monopolización del capital y la precariedad de la integración de la estructura productiva, la gran masa de esa población trabajadora no se proletariza plenamente permaneciendo en condición de semiproletariado, y manteniéndose una franja amplia de campesinado cuyas relaciones con el capital se redefinen con la desintegración de las relaciones serviles y semiserviles. Y la “terciarización”, típico efecto del capital monopolista en la economía, que en las condiciones del subdesarrollo se extrema, engruesa constantemente un contingente de capas medias asalariadas de bajos ingresos y capas pequeñoburguesas vegetativamente pauperizadas, especialmente en los centros urbanos.

La experiencia de los años recientes ha llevado al grueso de todas estas capas de explotados y de dominados, a radicalizar su enfrentamiento con el capital, aunque todavía muchos sectores ideológicamente lo traduzcan como antimperialismo nacionalista y antioligárquico, debido a la inmadurez del desarrollo del socialismo revolucionario en el país. En especial entre las capas medias asalariadas, y entre sectores de semiproletariado urbano y rural, la lucha por los intereses sectoriales de carácter reivindicativo, las ha ido llevando a converger con posiciones revolucionarias y se han formado en su seno amplios núcleos y cuadros de definida posición socialista. Y aun el campesinado, tocado ya desde hace años por la influencia ideológica revolucionaria de origen urbano, parcialmente se organiza en conexión con tendencias de orientación revolucionaria. Es la vasta capa de pequeña burguesía pauperizada en las ciudades, sin duda, la menos tocada por esta influencia, por su carácter disperso y su propia orientación social, pero sus recientes luchas iniciales la pueden llevar a organizarse bajo las banderas del socialismo, si las fuerzas revolucionarias son capaces de desarrollar su acción en esa dirección.

Así, el paso creciente del proletariado al primer plano de la escena política peruana, como en todos los países de América Latina, y el endurecimiento de la explotación capitalista monopolista, producen en la estructura de nuestra sociedad tendencias hacia la formación del frente político del proletariado. Ésta es aún una tendencia incipiente y difusa, y no puede

materializarse sin el desarrollo de una madura alternativa organizada de esta clase. Pero las bases objetivas para ello están planteadas.

Es importante señalar, en relación a este problema, cómo se está redefiniendo la relación entre capital y campesinado, a través de formas directas de explotación de la producción campesina en beneficio de las necesidades de abaratamiento de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo propia del capital, a diferencia de etapas anteriores en que esa relación era mediada por la presencia de los terratenientes señoriales o gamonales.

De ese modo, las bases de una convergencia política entre los intereses del campesinado y los del proletariado y semiproletariado, son diferentes que antes, pero son a la vez mucho más precisas, porque se trata de un mismo enemigo depurado y no de un doble enemigo, cuyas articulaciones no eran visibles claramente y de lo cual se derivaban las características ambivalencias de la conducta campesina de las propias capas medias radicalizadas.

Sin embargo, debe tenerse presente que dada esa situación, una parte importante del campesinado converge en sus intereses con los del capital, orientándose hacia una propensión pequeñoburguesa, como en el caso de las capas de campesinos medios y ricos que junto con aquéllas ya claramente mediano y pequeñoburguesas, serán sin duda la base social del sostén del capitalismo en el campo, y en particular a través del Estado.

Por eso mismo, sólo una política claramente ordenada en una línea de clase, anticapitalista, podrá efectivamente atraer hacia el campo revolucionario a las capas más deprimidas del campesinado.

De todo esto, se desprende claramente que en el proceso de cambios de la estructura de la sociedad peruana, están estableciéndose las bases del desarrollo de nuevas correlaciones de fuerza, en una dirección de profundización y organización diferenciada de los intereses de clase, que la maduración de la alternativa revolucionaria organizada del proletariado tenderá a convertir en un proceso de polarización política. Cuando sostenemos el ingreso de las luchas de clases en el Perú en un periodo histórico nuevo, marcado por las tendencias de profundización de los enfrentamientos diferenciados, y dentro del cual es necesario insertar, para entenderla, toda coyuntura de aquí en adelante, no estamos expresando nuestros deseos o construyendo para esas expresiones un esquema irreal. Apuntamos al reconocimiento de los

desplazamientos objetivos en la situación y en las relaciones de las clases principales y de las capas subalternas del conjunto de las sociedades.

La profundidad de la ofensiva actual de la burguesía no se podría comprender fuera de este marco, así como la situación empantanamiento coyuntural del proletariado no podría entenderse sin referirse a todo lo que desde el pasado cristalizó en el dominio político del reformismo y del oportunismo, pero cuyo fracaso actual implica un punto más alto de partida para el desarrollo revolucionario de la clase.

[Tomado de *Sociedad y Política*, n. 7, Lima, mayo de 1977.]